

JOSE ANTONIO GAY

Nació en Oaxaca, en 1833. Murió en la Ciudad de México en 1886.

Sacerdote e historiador, escribió su *Historia de Oaxaca*, 2 v. (1881) y colaboró en los periódicos locales.

Acerca de este historiador oaxaqueño ver: Andrés Portillo, *Oaxaca en el Centenario de la Independencia Nacional. Noticias históricas y estadísticas de la ciudad de Oaxaca, y algunas leyendas tradicionales. Con la cooperación de varias personas cuyos nombres constan en los capítulos respectivos.* Oaxaca de Juárez, Imp. del Estado, a cargo de Hipólito Santaella, 1910, 806 p. ils. Algunas referencias se dan en la introducción a la *Historia* en donde se dice: "Gay carece de metodología en el desarrollo, es difuso y desordenado; pero aún así su obra tiene un sentido histórico más profundo y amplio que el de los demás." Se refiere a Murguía y Galardi y a Martínez Gracida principalmente. Vid los datos de Martínez Gracida.

Fuente: José Antonio Gay. *Historia de Oaxaca*, 2 v. 2a. ed., Oaxaca, Edición del Departamento de Educación Pública del Gobierno del Estado, 1933. II-271-278.

OAXACA A FINES DEL SIGLO XVIII

La población había tenido durante el último siglo un movimiento favorable, propendiendo al aumento no obstante las frecuentes invasiones de la peste. La ciudad, que según hemos visto se fundó con quinientas familias y que ya hacia el año de 1660 contaba con tres mil habitantes, a fines del siglo pasado, según padrones muy exactos de ese tiempo que he tenido a la vista, contenía cerca de catorce mil habitantes. La población fue creciendo en los años sucesivos, de modo que en 1808 ya se notaba en los padrones 17,598 almas. En el siguiente año se señalaba alguna baja, que no es fácil saber a qué se debió; pero en el año de 1810 se repuso lo perdido y la población era otra vez de 17,056. En la actualidad es difícil saber con exactitud el número de los habitantes, por las numerosas ocultaciones que se hacen cuando el gobierno intenta formar el censo, lo que no tenía lugar entonces por la moralidad de las costumbres, y porque los padrones se encomendaban a los curas, que se creían ligados en conciencia a pro-

curar la mayor exactitud. Haciendo un cálculo aproximado y considerando que cuando la población no pasaba de 16,000 almas, los bautismos que se registraban en la parroquia no llegaban a 800, teniendo ahora éstos como medio un número de 1,700, sin temor se puede asignar a la ciudad una población de 30,000 almas.

Semejantes consideraciones pueden hacerse en orden a las poblaciones de todo el Estado. Poco después de la conquista, por la opresión en que estaban y las vejaciones que sufrían, se disminuyeron en términos que Cuilápam, que antes de la venida de los españoles contenía en su seno más de 15,000 familias, un siglo después apenas numeraba pocos centenares de habitantes. En el siglo XVIII, al contrario fue creciendo y los miserables restos que habían quedado se multiplicaron tanto, que puede asegurarse haber en el Estado 700,000 indios, sin contar con los negros y las castas, y a pesar de la disminución notable que deben haber sufrido por las guerras y las pestes. Humboldt asigna al Estado a principios de este siglo 411,000, fundándose en datos y consideraciones muy seguras.

Esta población estaba dividida en cuatro clases. Los españoles, escasos siempre en número por afluir a México la mayor parte de los que, para ocupar el destino a que venían señalados o para buscar riquezas en las minas o en el ejercicio del comercio, venían de la península. Los criollos y mestizos, que con los españoles ocupaban la ciudad y las poblaciones principales del Estado, especialmente en la Mixteca, por el ejercicio del comercio a que se dedicaban de preferencia y que allí era muy activo.

Los indios, repartidos en numerosos pueblos y lugares del Estado, formaban, como en la actualidad, la clase más laboriosa y útil, así como la más miserable y desvalida. A su cargo estaba la labranza de las tierras, ya en clase de operarios en las haciendas de que los españoles eran propietarios, ya en las del común de los pueblos y que anualmente se distribuían a los vecinos.

Por último, a los negros agrupados en las costas de uno y otro mar por lo cálido del clima a que se acomodaron fácilmente. Algunos de ellos llevados a la cañada de Cuicatlán y a Sola, para el cultivo de la caña de azúcar en los ingenios que se establecieron, dieron origen a los mulatos que abundan en esos rumbos.

Los indios, además del maíz, cultivaban el trigo, el frijol y el pimiento, sin contar con otros ramos menos importantes.

La agricultura en general ha estado poco adelantada en Oaxaca. El maíz ha sido en todos los tiempos la base de la alimentación. Teniendo esto los indios, se cuidan poco de otras semillas, que pueden concurrir al mejor gusto del paladar, pero no son necesarias a la vida. Cada indio tenía un pedazo de tierra, que sembrándolo oportunamente, recogía de él la semilla para comer en todo el año. Del mismo maíz, ayudándose con los productos de la cría de algunos animales domésticos, sacaba el tributo y las contribuciones eclesiásticas; ninguna otra necesidad le apremiaba, y por lo mismo, no sólo miraba con indiferencia el dinero sino que ni aún comprendía su importancia.

No menos que los placeres de la mesa le eran desconocidos los del lujo y aun aquellas comodidades que parecen más ordinarias y comunes. Su vestido sencillísimo, era tejido por sus manos, su lecho una estera de paja, su casa una choza de zacate y aun los remedios con que se curaban en sus enfermedades los encontraban a mano en las hierbas del campo. Nada, pues, tenían que comprar, y así, el comercio les era casi inútil. Dos o tres veces en la vida hacían gastos un poco más crecidos, al casarse y en las fiestas titulares de sus pueblos, cuando tenían el cargo de mayordomos del santo patrón; pero aun en estos casos se veían socorridos con abundancia por las *guelaguezas*, es decir, por una contribución voluntaria que estaba establecida en su favor por recíproco consentimiento y a la que concurrían todos los parientes, amigos y conocidos. El indio, desde su infancia, gozaba de la más amplia libertad: crecía y se desarrollaba sin obstáculo, sin tener casi otra obligación que la de aprender la doctrina cristiana, pues frecuentemente no se le obligaba aún a aprender a leer.

Desde muy temprano recibía por esposa a una doncella del mismo pueblo, escogida y buscada por sus padres. Trabajaban sin agitación, por la falta de un vivo interés en adquirir; hasta sin cansancio, por el hábito de hacerlo diariamente. Sin las perturbaciones tempestuosas del corazón, sin otros placeres que aquellos que proporciona la contemplación de la bella naturaleza, sin accidentes notables, su vida se prolongaba indefinidamente, hasta que, en fin, la muerte los sobrecogía sin sorpresa, sin miedo y sin cuidado. Si la felicidad es posible sobre la tierra, los indios eran felices a fines del siglo pasado. Algunos los han llamado bárbaros por estas costumbres sobrias y sencillas; mas si el bien que ha de traer la civilización es multiplicar las necesidades, fomentar los vicios y hacernos desgraciados, preferible sería la barbarie.

El comercio consistía principalmente en el expendio de los efectos extranjeros que a precios muy subidos hacían los españoles en la ciudad y algunos pueblos principales. Había un artículo que desde tiempo atrás había tomado colosales proporciones: el de la grana. Este precioso animal, comparado con el oro por su valor y el aprecio que generalmente se hace de él, si no es exclusivo de Oaxaca, en ningún otro país como en éste prosperó tanto ni se multiplicó tan prodigiosamente. Antes de la Conquista ya era objeto de la industria de los mixtecas, como lo revela el nombre mismo de Nochixtlán. Muy al principio de la dominación española, y siendo virreyes D. Martín Enríquez y D. Luis de Velasco, (hacia el año de 1592), se publicaron por estos gobernantes órdenes apropiadas al intento de evitar las falsificaciones y adulteraciones, frecuentes ya en esos tiempos. Muy poco más adelante tomó el comercio de la grana, y por lo mismo también su cultivo, un vuelo rápido, enriqueciendo a proporción el país privilegiado en que abundaba de preferencia. A mediados del siglo pasado vivían en el seno de holgada comodidad y aún de la opulencia, numerosas familias con el producto de los miles de zurrones que después de derramar en Oaxaca el bienestar, iban a dar vida al comercio y a la industria de otros países. Para que el lector forme juicio de los tesoros que proporcionó a Oaxaca este útil insecto, reproduciré a continuación una cédula que ha sido publicada varias veces, contando por decenas para evitar prolijidad:

Desde 1758 a 1767 se registraron	336,555	a valor	17.937,901	4
" 1767 a 1777	" 392,342	"	27.122,510	4
" 1777 a 1787	" 318,460	1/2	16.596,631	4
" 1787 a 1797	" 180,060	1/2	8.533,875	4
" 1797 a 1807	" 150,766	1/2	10.233,179	5
" 1807 a 1817	" 185,550	"	11.611,268	4
			<hr/>	
			1.513,734	1/2
			92.035,366	6

Por este pequeño estado se ve que en cincuenta años entró en Oaxaca por el comercio de la grana, la enorme suma de noventa y dos millones treinta y cinco mil trescientos sesenta y seis pesos seis reales. Se advierte también que el decenio en que prosperó más fue en el que corrió de 1767 a 1777. Desde entonces fue decayendo poco a poco, primero por las guerras frecuentes que tuvo que sostener España, ya con Ingla-

terra, ya con Francia, y que interrumpían por largo tiempo el comercio interoceánico; después, por el estado de turbación en que se puso España misma, cuando las tropas de Napoleón invadieron su territorio; más adelante por la guerra de independencia que estalló en México, poniendo en armas toda la nación, y en fin, por la expulsión de los españoles, porque si bien los indios eran los que asemillaban el nopal y hacían que procreara y se multiplicara la grana, en manos únicamente de los europeos estaba el comercio que de ella se hacía para el extranjero: así fue que salidos los españoles el año 28 y no contándose ya en el comercio con sus caudales cuantiosos, no habiendo demanda en la plaza de este precioso efecto, disminuyó muy notablemente su estimación, y en consecuencia, se vio con indiferencia su antiguo esmerado cultivo.

Se debe tener presente al calcular los rendimientos de la grana, que las cantidades señaladas hasta aquí indican puramente su valor en la plaza de Oaxaca, pero que además de ellas había que poner en movimiento otras sumas crecidas para el pago de fletes y contribuciones bastante fuertes. En Oaxaca el gobierno cobraba por cada arroba trece pesos un real. En Veracruz dejaba la misma arroba y por títulos diferentes, ocho pesos y cinco reales. Si a estos desembolsos se agregan los que había que hacer durante el transporte y al gobierno español hasta su salida al extranjero, se formaba la cantidad de cuarenta y un pesos dos reales por arroba, que con los noventa pesos de su valor medio intrínseco, llegaba a la suma de ciento treinta pesos. Nos hemos detenido en este cálculo ligero, para que se forme idea del movimiento que se desplegaba entonces en el comercio de la grana y que ahora se ha reducido a proporciones muy mezquinas.

No menor precio hubiera tenido el comercio de la seda, si a la industria y actividad de los mixtecos se hubiese dado la debida libertad. Desde el principio de la Conquista se aficionaron al cultivo de la morera, de que formaron grandes bosques, como hemos visto. Los gusanos en manos de los indios se propagaron admirablemente, y las hermosas y brillantes telas que tejieron eran comunes en tiempo de la primera Audiencia y del primer virrey. Dos enemigos poderosos trabajaron para entorpecer y al fin ahogar del todo esta bella industria; el primero, fue la avaricia de los encomenderos, que a despecho de la justicia, pretendían aprovechar solos las utilidades, arrebatando a los indios el fruto de su actividad, por lo que éstos prefirieron destruir las plantaciones de morera y matar

los gusanos. El segundo enemigo fue el gobierno y las leyes que la prohibieron en las Américas, monopolizándola en favor de alguna provincia de la península. A pesar de todo, en Tehuantepec pudo sobrevivir la industria y fabricarse muy buenas telas que hasta el día se ven. Aún en la ciudad, por 1785, Catalina Vinuesa pudo llevar a la perfección esta industria, que no prosperó en sus manos por falta del necesario fomento.

Tampoco ha prosperado la seda en los sesenta años que tiene México de emancipada, porque lo han estorbado nuestras guerras civiles, y porque este corto tiempo no ha sido bastante sino para comenzar la cría de los gusanos que producen la seda, como en efecto se ha comenzado con buen éxito. El que sepa cuán lento es el movimiento de los pueblos y cuán despacio adelantan las naciones, no extrañará que los oaxaqueños no hayan llegado con un solo paso a la cumbre de la perfección en todo género.

El añil puede ser tan útil a la riqueza y prosperidad del Estado, como lo fue la grana, siempre que se logre remover los obstáculos que se oponen al adelanto de esta industria. La planta que produce el añil y crece silvestre y en abundancia en la tierra caliente, no se había cultivado sino hasta mediados del siglo pasado en que se hicieron los primeros ensayos: el añil flor que se obtuvo, fue de excelente calidad y aún superior al que se elaboraba en Guatemala, y que constituía uno de los principales manantiales de riqueza en aquélla, entonces, capitania general. Animados con los buenos resultados que desde luego se obtuvieron y con la esperanza bastante fundada de una ganancia crecida, le consagraron en los años sucesivos algunos empresarios sus caudales y su inteligencia, y en efecto, el año de 1812 pudieron venderse en los mercados de Puebla y México cerca de 82,000 arrobas, que importaron 82,000 pesos. Más adelante llegaron con su auxilio a formarse algunas fortunas regulares, y no ha mucho tiempo que se intentó extender el cultivo de esta planta, por el rumbo de la Costa chica, aunque sin éxito. La dificultad principal que se ha pulsado, es la indolencia característica de los habitantes de las costas. La planta crece y se desarrolla tanto como puede deseárselo el empresario; mas siendo necesaria para elaborar el añil una laboriosidad a que se resisten las perezosas costumbres de los negros, los trabajos se hacen mal y fuera de tiempo, los costos son subidos y los resultados mezquinos, viniendo así a estrellarse los mejores cálculos contra la tenaz resistencia al trabajo de los más bien pagados operarios.

El algodón de la costa del Norte comenzó a exportarse a Europa desde los tiempos de la Conquista española, extrayéndose también considerables cantidades para la Sierra, cuyos indios tejían a mano innumerables mantas para su uso propio, para el pago de tributos y para el comercio de la ciudad: a principios del siglo mantenía un activo comercio de sus tejidos, que se vendían a buen precio: los *huepiles* de Teutila eran muy estimados en Veracruz. El de la costa del Sur, en rama, abastecía el comercio de los valles y las mixtecas, e hilado, servía para los telares de la ciudad y para las colchas y otros tejidos de mucho aprecio y consumo: se sostenían de hilar y tejer cerca de diez mil personas. Debe haberse comenzado a exportar para Europa a mediados del siglo XVIII, pues al fin del mismo siglo, este comercio era activo. Se ha sostenido a respetable altura, y parece estar llamado a ser uno de los elementos de riqueza y prosperidad del país.

La industria minera no prosperó mucho en Oaxaca durante el gobierno colonial. Por 1704, los indios descubrieron en terrenos de la jurisdicción de Zimatlán una rica veta de oro que trabajaron en beneficio propio, debiéndose a las representaciones del Illmo. Sr. Maldonado que no les hubiesen arrebatado su posesión los españoles. En el cerro de San Agustín Etlá, D. Mariano José Monroy del Castillo trabajó una veta de plata de vara de ancho y de buena ley; mas necesitando de sus labores de ademe por hallarse venteadas, careciendo el propietario de caudales, la mina fue desamparada. En Solaga, jurisdicción de Villa Alta, había sido trabajada en remotos tiempos una rica mina, desamparada por haberse tropezado con dos pozos, manantiales de hidrógeno que no hubo medio de cegar. Tan funesto era el gas que salía de aquellos pozos, que al respirarlo caían muertos los pájaros que en su vuelo pasaban por las bocas de la mina. Fue llamada por esta causa la *Hedionda*, y corría la fama de que un sacerdote la había maldecido: acaso haya sido la misma que *desencantó* un jesuita. Se habían practicado inútilmente grandes socavones, abriendo catorce boquetes en la montaña, gastándose considerables sumas para purificar aquella atmósfera infecta, sin obtener resultado satisfactorio. En febrero de 1791, D. Carlos Weinold, alemán, por comisión de D. Diego Villasante, por medio de un aparato y abriendo opuestas bocas de la montaña, logró establecer una corriente de aire puro en el interior de la mina, que pudo ya trabajarse sin peligro.

Por lo que hace a la ciudad, casi no había variado de as-

pecto en el espacio de doscientos años. Fue el primer intendente D. Antonio Mora quien procuró que los vecinos emparejasen el piso de las calles, y embaldosasen las de más tránsito. En el río Atoyac, desde 1764, había intentado un corregidor, el teniente coronel D. Tomás de la Serrada, construir un puente para librar de peligros a los que para el comercio de la ciudad tenían necesidad de vadearlo en tiempo de sus grandes avenidas. Se gastaron cuantiosas sumas en levantar catorce sólidas pilastras o estribos, que comprendían en una extensión de más de cien varas la anchura del río, y que fueron útiles por algún tiempo, pues por medio de gruesas vigas atravesadas de pilar a pilar, los traficantes podían pasar uno a uno; mas habiendo ladeado el río su corriente, quedó inútil el angostísimo puente. D. Antonio Mora quiso volver a su antiguo cauce la corriente del río, por medio de una fuente estacada, como lo consiguió, aunque sólo por algunos meses, pues las avenidas del río arrastraron el dique, y el puente volvió a quedar inútil.